

Lucía, mi pediatra

**ERES UNA
MADRE
MARAVILLOSA**

LUCÍA GALÁN BERTRAND



Índice

- [Portada](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Prólogo. Y aquí empezó todo](#)
- [1. La carrera de Medicina para la que nadie me preparó](#)
- [2. Jonay, el niño con alas](#)
- [3. La carrera de la maternidad para la que nadie me preparó](#)
- [4. Querida hija..](#)
- [5. Pero si solo fue un segundo](#)
- [6. Yo de mayor quiero ser...](#)
- [7. La maternidad y la culpa](#)
- [8. Hombres y mujeres sentimos diferente. Hablemos claro](#)
- [9. Álvaro, el niño con la sonrisa más bonita del mundo](#)
- [10. Eres un padre maravilloso](#)
- [11. El vaso medio lleno, siempre](#)
- [12. Yo juzgo, tú juzgas, él juzga](#)
- [13. En esta casa está permitido llorar](#)
- [14. El temido momento de volver al trabajo](#)
- [15. El deseado momento de volver al trabajo](#)
- [16. Pues a mí me funciona](#)
- [17. La maternidad y el sexo. Pero...](#)
- [18. Tengo miedo](#)
- [19. El timo de la conciliación laboral](#)
- [20. Amar por convicción y no por necesidad](#)
- [21. Natalie, un ángel mensajero](#)
- [Epílogo. Carta desde el futuro](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Para mis hijos Carlos y Covi, mi luz en mis noches de oscuridad, mi paz en mis días de tormento, mis alas, mi risa, mi llanto, mi fuerza, mi alma, mi verde esperanza.

PRÓLOGO

Y aquí empezó todo

Hombres y mujeres somos diferentes, sentimos diferente, tenemos distintas velocidades, distintos tiempos, pero en lo esencial, en lo verdaderamente importante, compartimos la misma esencia: el amor hacia nuestros

hijos, *lo mejor de nuestras vidas.*

Guarda y conserva este sentimiento.

Llévalo contigo allá donde vayas.

Siempre.

Cuando él cerró la puerta, ella deseó con todas sus fuerzas que con él y con su maleta se llevara las noches que pasaría sin dormir pensando en lo que pudo haber sido y no fue, en lo que fue y no tenía que haber sido, y en lo que estaba a punto de ser.

Antes de que pudiera derramar una sola lágrima, antes siquiera de volver a coger aire porque se le había olvidado respirar, el llanto de su hija la devolvió a la realidad. Se acababa de despertar de la siesta y reclamaba, como cada tarde, el abrazo cálido de su abnegada madre. Su hermano mayor jugaba en su habitación con sus cochecitos, ajeno a la nueva vida que su madre estaba a punto de emprender.

«Maravillosa y bendita inocencia infantil. Que te dure muchos años, mi amor», pensó su madre mientras caminaba hacia la habitación de su hermana.

Una vez tuvo a su hija en brazos, se miró al espejo y vio a una joven madre llena de heridas que nadie más supo advertir, que nadie más que ella podía curar. Y entonces lo tuvo claro.

Miró de nuevo y fijamente esos ojos arrasados por los destrozos que dejan los sueños rotos y se dijo: —Nadie nos contó esto, ¿verdad? Crecer duele. Pero tú puedes, nosotras podemos. Es momento de recoger todos tus trocitos, rehacerte, sanar todas y cada una de tus heridas, olvidar lo malo, mantener vivo e intacto lo bueno y salir ahí fuera. ¿Me oyes? ¿Quieres conciliar? Pues lucha, pelea, emprende. ¿Necesitas llorar? Pues llora, pero hazlo de verdad, al desnudo, toda tú.

—¿Y si mis hijos me ven? —preguntó la madre real.

—Pues que te vean. En esta casa también se llora. La tristeza y la melancolía son emociones tan válidas como la felicidad o el entusiasmo. Son las que nos hacen explorar las

profundidades de nuestro ser más íntimo, las que consiguen que nos movamos, que cambiemos, que mejoremos.

—¿Y si no tengo todas las respuestas a las preguntas de mis hijos?

—No pasa nada. Nadie las tiene. Tú tampoco. Sabrás encontrar las respuestas con una caricia, con un abrazo, con el amor que derrochas por cada poro de tu piel. ¡Eres amor!

—¿Seré capaz de enamorarme de nuevo?

—¿Que si serás capaz? —preguntó entre risas la madre del espejo—. Te recuerdo que antes de ser madre eras mujer. Y sigues siéndolo, ¿o no? No solo te enamorarás, sino que enamorarás allá por donde pises en cuanto te liberes. **En cuanto te despojes de todos los lastres que te impiden ser una mujer real y libre.** Te enamorarás como hasta ahora no te habías enamorado y te entregarás total y absolutamente al amor, sin fisuras y sin miedos; desde la madurez y la libertad que te da el haber pisado por esas tierras antes. ¿Y sabes qué? Que si decides compartir tu vida con otro hombre lo harás porque le quieres, no porque le necesites. Esto ya te lo contaré más adelante, querida..., cuando llegue el momento.

—¿Y la culpa? ¿Cómo la gestiono? —preguntó la madre real algo más tranquila ya.

—¿La culpa, cariño? La culpa para el que roba, para el que mata, no para el que ama. Se acabó la culpa. ¿Me oyes bien? Se acabó la culpa. ¿Qué te creías? ¿Que la maternidad era un camino de rosas? ¿Un cuento de hadas con príncipes azules, bellas damas, hijas con largas trenzas y castillos en las montañas? No, querida, ahora ya ves que no.

La maternidad y la paternidad no son un reinado; son un viaje, un intenso, maravilloso e irrepetible viaje en el que, tras las caídas, las lágrimas, los miedos y las sombras,

***descubrirás que todo ha merecido la pena.
Que no habrá experiencia más fascinante
en toda tu vida que la que estás viviendo
ahora.***

—¿Y el padre de mis hijos?

—El padre de tus hijos está hablando ahora mismo con su yo en el espejo, que le está diciendo exactamente las mismas palabras que te digo yo a ti. La maternidad —la paternidad— es un sentimiento universal. Desde el mismo instante en que ambos deseáis lo mejor para vuestros hijos, desde el mismo momento en que ambos estaríais dispuestos a dar vuestra propia vida por ellos, estáis unidos para siempre.

Hombres y mujeres somos diferentes, sentimos diferente, tenemos distintas velocidades, distintos tiempos, pero en lo esencial, en lo verdaderamente importante, compartimos la misma esencia: el amor hacia nuestros hijos, lo mejor de nuestras vidas. Guarda y conserva este sentimiento. Llévalo contigo allá donde vayas. Siempre.

—Lo haré —contestó la madre real embargada por la emoción mientras seguía mirando su imagen en el espejo y a su hija acurrucada en su regazo.

—Y te voy a decir una última cosa: se acabó ser la mujer perfecta, la profesional perfecta, la compañera perfecta, la amante perfecta, la amiga perfecta, la hija perfecta, la hermana perfecta y, por supuesto, la madre perfecta. ¡Basta ya!

Porque para ser una buena madre no hace falta ser una madre perfecta. ¡Tú eres una madre maravillosamente imperfecta!

—¿Estás lista para comerte el mundo?

—Sí, lo estoy —contestó firmemente.

—¿Estás preparada para salir ahí fuera?

—¡Claro que lo estoy!

—¡Pues vamos a por ello! ¡Salgamos ahí fuera! Pero escúchame, con la cabeza alta, tan alta como tus sueños, porque tú, querida, siempre has soñado a lo grande y, ahora, lo harás más que nunca. ¿Estás lista?

1

LA CARRERA DE MEDICINA

PARA LA QUE NADIE ME PREPARÓ

Cuando, muy de vez en cuando, tu profesión te regala uno de esos momentos con los que tanto habías soñado y salvas una vida y, curiosamente, al llegar a casa y tras abrazar a los tuyos, rompes en llanto, comprendes que la vida pende de un hilo muy fino...

Y nadie te había preparado para esto.

Desde mi más tierna e inocente infancia he querido ser madre y pediatra. Desde que tengo uso de razón jugaba a curar a mis muñecas, que además eran mis hijas. Todas ellas: las Barriguitas, las Nancys y los Nenucos. Los arropaba cada noche en sus cunitas, les daba los besos que minutos antes me había dado mi madre a mí, les contaba los cuentos que cada noche mi padre me contaba entre susurros y besos de mariposa. ¿Cómo? ¿Que no sabes qué son los besos de mariposa? Los besos que se dan con el aleteo de las pestañas y el cosquilleo del bigote. Deliciosos...

Tras salir del hospital, a mis cinco años, una vez recuperada de la meningitis meningocócica que casi arrasa con mi vida y con el alma de mis padres, lo tuve claro: —Yo de mayor quiero ser médico de niños para que ninguno pase por lo que yo he pasado —sentencié mientras bajaba las escaleras del Hospital Central de Asturias.

Y lo conseguí.

Fueron unos años de mucho esfuerzo, de mucho estudio y sacrificio, de muchas horas enterrada entre apuntes y libros. De muchas noches de pesadillas en las que soñaba que al llegar a la facultad había un examen que yo no había preparado porque sencillamente no me había enterado y el pánico se apoderaba de mi cuerpo. Fueron años también de partidas de mus en la cafetería de la facultad, de conversaciones inspiradoras con amigas tiradas en el césped mirando las nubes, de fiestas de fin de curso donde no perdíamos los apuntes, pero sí los papeles... «Aquellos maravillosos años.»

Cuando por fin terminé la carrera de Medicina me dije: —¡Guau! ¡Ya soy médico! Sí, soy médico. Voy a salvar vidas.

Y me creía alguien importante. Mis compañeros y yo pensábamos que el mundo se había detenido y que, ahora que éramos nosotros los médicos, el mundo arrancararía de

nuevo. ¡Qué ilusos! Nos sentíamos dioses. Los salvadores del universo acababan de aterrizar en el planeta Tierra.

La infancia goza de una inocencia maravillosa, pero ¿y la juventud? Durante la juventud saltas de nube en nube, de espejismo en espejismo, de sueño en sueño... hasta que de pronto, una mañana cualquiera, cuando vas a saltar a otra de tus nubes de fantasía, te encuentras saltando al vacío y segundos después aterrizas en la realidad, a veces, dura realidad.

Y así fue.

Cuando pisé por primera vez el hospital con mi título de médico en mano y mi plaza de médico residente en pediatría bajo el brazo, me di cuenta de que sí, de que había pasado por la facultad, sí, de hecho con un expediente brillante, pero que de medicina sabía poco o muy poco.

Cuando empecé a asistir a un parto detrás de otro, a presenciar el milagro de la vida en directo, sin filtros, rodeada de madres exhaustas, pero embargadas por un llanto de alegría renovador, con padres a tu lado temblorosos y llorando como niños y con diminutas criaturas que sujetas tú en tus manos, antes incluso que sus propias madres; ahí, en ese instante, te das cuenta de lo pequeños, frágiles e insignificantes que somos. Y nadie te lo había contado.

Cuando la vida te regala momentos tan maravillosos como el primer agarre de un bebé recién nacido al pecho urgente de su madre mientras el padre mira la escena con una ternura que te conmueve, comprendes que, por muy médico que seas, en ese momento sobras... Y esto nadie te lo había contado.

Cuando tienes exactamente dos minutos para pensar de qué manera les vas a explicar a unos padres angustiados que su angustia tenía toda la justificación del mundo porque su hijo tiene una enfermedad grave, cuando te tiembla la voz y no encuentras las palabras. Cuando no sabes si cogerles de la mano, abrazarlos o directamente no hacer nada. Cuando el miedo a equivocarte en un diagnóstico o en

un tratamiento te paraliza, entonces comprendes que no solo no sabes lo suficiente, sino que te pasarás la vida estudiando y aún habrá cosas que no sabrás y que no llegarás a saber nunca. Y esto nadie te lo había contado.

Cuando la muerte te mira de frente, fijamente, te reta y te amenaza con llevarse la vida de un niño que aún no ha dado sus primeros pasos, ni los va a dar..., cuando ella gana la batalla y has de recomponerte, beberte todas y cada una de tus lágrimas y tragar todos y cada uno de tus suspiros ahogados en la pena para informar a los padres y convertirte en la persona que les va a comunicar la peor noticia de sus vidas, entonces, en ese preciso instante, descubres que nadie te había preparado para esto.

Cuando, muy de vez en cuando, tu profesión te regala uno de esos momentos con los que tanto habías soñado y salvas una vida y curiosamente al llegar a casa y tras abrazar a los tuyos rompes en llanto, comprendes que la vida depende de un hilo muy fino... Y nadie te había preparado para esto.

Cuando una mañana cualquiera llegas a la consulta y tu primer paciente que aún no levanta un metro del suelo, ni suma siquiera tres años de edad te dice: —*Lusssía*, vengo a que me cures. Estoy malito. Solo tú puedes curarme.

Y te abraza con todo su diminuto cuerpo, apoyando su cabeza en tu pecho y escuchando un suspiro incluso, un suspiro que revela un «me siento seguro». Y te sorprendes a ti misma tragando saliva, abrazando a ese niño que huele como olían tus hijos a su edad, y le acaricias tan dulcemente como acaricias a los tuyos. Ahí, en ese momento, y aunque nadie te lo había dicho, piensas: «No me he equivocado de profesión. Esto es un regalo».

Cuando durante los largos años de estudio tus profesores te repiten hasta la saciedad que hay que construirse una coraza para no sufrir con las historias que pasarán por nuestras manos, cuando la construcción de ese muro se convierte en una prioridad durante las prácticas como estudiante y

de pronto una mañana cualquiera harta de recibir consejos que no has pedido te pones la bata y te quitas la máscara, **descubres que, viviendo y sintiendo junto a tus pacientes, todo cobra sentido.** Que todos aquellos «popes» de la medicina estaban equivocados, que lo bonito de esta profesión es precisamente eso: acompañar a los enfermos y a sus familias en todo el proceso. Y de repente, como si de una revelación se tratara, lo ves claro: ***«Yo quiero celebrar las alegrías con mis pacientes y acompañarlos en su pena. Porque su alegría es mi recompensa y su dolor mi reto.»***

Porque tengo la profesión más bonita del mundo, pero solo adquiere sentido si se vive desde dentro, si se siente desde el alma, y esto nadie me lo había contado.

2

JONAY, EL NIÑO CON ALAS

Lo que no sabía Gloria es que, en esos instantes,
su marido estaba sentado en una salita
de apenas seis metros cuadrados con
dos jóvenes pediatras frente a él, dándole
la noticia que cambiaría, ya para siempre,
el transcurso de sus vidas.